

CAPÍTULO VII

JULIANO. REACCIÓN DEL PAGANISMO

Constantino, príncipe de mediano talento, mereció en la historia un lugar de los más gloriosos, sacundando el progreso de los hechos y de las ideas. El que ahora se nos presenta dotado de las más brillantes cualidades, va á parecerse pequeño y mezquino, esforzándose por volver el mundo hacia un pasado de que se ha separado resueltamente.

Juliano era un príncipe de poca estatura; su cabeza, agitada por frecuentes é involuntarios movimientos, y sostenida por un abultado cuello, se hundía en un anchos hombros; tenía ojos vivos aunque divergentes; una barba erizada y puntiaguda desfiguraba su rostro sin belleza. En cambio tenía actividad su cuerpo y osadía su alma; su memoria era fiel y pronta, y su penetrante espíritu se recreaba en sutiles discusiones. Hablaba con fácil y natural estilo, si bien de mejor grado en griego que en latín. Humano y dulce en sus acciones, acreditaba notable intrepidez en los peligros (1).

(1) La vida de Juliano ha sido escrita por Felipe Renato de la Bletterie. Amsterdam, 1755; posteriormente y con mejores intenciones por Tourlet, al frente de su traducción de las obras de Juliano. París, 1821. Véanse también BONAMY, tom. VII, de las *Memorias de la Academia de inscripciones y bellas letras*; D. E. HEGEWISCH, *Hist. und litteratur Aufsätze*. Kiel, 1801; AUG. NEANDER, *El emperador Juliano y su siglo, cuadro histórico*. Leipzig, 1812, (en alemán); VAN HERWERDEN, *De Juliano imperatore religionis christianae hoste, eodemque vindice*. Lovaina, 1827; ALBERTO DE BROGLIE, *La Iglesia y el imperio romano en el siglo IV*. París, 1856.

Muchos se han ocupado recientemente del emperador Juliano en varios sentidos:

NAVILLE, *Juliano el apóstata y su filosofía del politeísmo*.

BOISSIER, *El emp. Juliano*.

Libre como por milagro de la matanza de su familia, criado en medio de continuos temores, tuvo por primer maestro al eunuco Mardonio, después á Eusebio, obispo de Nicomedia, arriano ferviente. Ultimamente en Macela fueron encargados maestros de todas clases de habituarle, como también á su hermano, á las bellas letras y á las virtudes religiosas.

Si hemos de prestarle asenso, fué creyente hasta la edad de veinte años. Es de notar, no obstante, como aviso á ciertos preceptores, que en los ejercicios sofísticos que se le proponían en la escuela, escogía siempre con preferencia la defensa de la religión antigua, á la par que Galo sostenía la causa del cristianismo. No supo disimular de tal modo su propensión al paganismo que no previera San Basilio, su condiscípulo en Atenas, que llegaría á ser funesto á la Iglesia. La idea de Constantino, su opresor, se asoció fácilmente en su juvenil espíritu á la de los cristianos, y los confundió en un común odio. Después se exasperó por las discusiones constantes sobre el arrianismo, debates incomprensibles para los que no conocen toda la importancia de la verdad. Obligado además á ejercicios de piedad hasta el punto de hacerle lector en una iglesia, mostró odio al nuevo culto, tanto más cuanto que echaba de menos el antiguo, bajo el cual había tocado el imperio al apogeo de su gloria y habían producido las letras obras inmortales. Manteniánle en estas disposiciones los sofistas que, preocupados siempre con las antiguas costumbres, no comprendían nada de la palabra

H. RENDALL, *El emperador Juliano: paganismo y cristianismo*.

V. DURUY.—*Juliano emperador: la reacción pagana*. París, 1884.

nueva, y le lisongeaban con la esperanza de grandezas futuras.

En vano repite Juliano que no aspira á la gloria, pues la ostentación filosófica se percibe en todas sus obras y en todas sus palabras. Vémosle singularizarse en su vestido, en su apostura, á fin de ser notado como un sabio de primer orden. Lleva las manos súcias, largas las uñas, el pecho velludo, el cabello descompuesto y larga la barba, donde se albergan huéspedes á quienes no quiere ocasionar molestia (2). Toda acción suya la cuenta, dando por motivo que un filósofo no debía obrar de otro modo. Si dice que ha consolado á las Galias oprimidas, añade: «¿Podía yo proceder de otra manera siendo discípulo de Platón y de Aristóteles?» Cuando se entrega á los ejercicios militares exclama: «¡Oh Platón! ¿son estas ocupaciones propias de un filósofo?» Al subir á la brecha de Magoamalca en Persia, dice: «He suministrado tarea al sofista de Antioquia» (3). De este modo la virtud era siempre para él un cálculo, un ejercicio escolástico, un alarde.

Aún añadiremos una impostura. Respetamos las convicciones religiosas. Pero, ¿cómo compadecer á Juliano que á la par que halaga á los idólatras, que aguardan de su autoridad el restablecimiento de su culto, continúa mostrándose cristiano para conciliarse unas veces al emperador, otras á los soldados, comulga con ellos en la solemnidad de la Natividad de Jesucristo, y cumple las ceremonias sagradas? (4). Aparecen enseguida sus dioses

(2) «Me he dejado crecer esta espesa barba para albergar insectos que se den entre sí batallas como en un corral de animales feroces.» *Misopogon*, pág. 338.

(3) Alude á Libanio, su panegirista oficial.

(4) Véanse AMIANO, ZONARO, etc. Esto resulta asimismo de la carta que dirigió á su hermano Galo, y que se halla inserta entre las suyas: «La intermediación de la Jonia me proporcionó la ventaja de desengañarme acerca de un rumor que se me afligía. Decíase que por un fanatismo ciego habías abandonado la religión de nuestros padres para abrazar una superstición insensata. ¡Qué terrible nueva para un hermano que siente, como suyo propio, el bien y el mal que de ti se dice! Pero Ecio, nuestro padre (uno de sus maestros), me tranquilizó y me colmó de gozo, refiriéndome todo lo contrario á su regreso, y asegurándome, según mi deseo, que te empleas con celo en construir iglesias; que no abandonas la tumba de nuestros generosos atletas; en suma que eres sinceramente adicto al culto que tributamos á Dios. No puedo menos de decirte con Homero: arroja así tus flechas (βαλλ' ουτως); haz la satisfacción de los que te aman y continúa elevando monumentos semejantes. No olvides que la piedad es superior á todo, que es la virtud por excelencia; nos enseña á detestar la mentira y la impostura, y nos hace adorar la verdad de nuestra religión. Esa pluralidad de dioses no es más que disensión y desórden. Un solo Sér, que tiene por único ministro su poderío, rige el universo; no tiene compañeros como el hijo de Saturno, ni debe á la casualidad su imperio. Para reinar no ha destronado á nadie, pues reina por su propia naturaleza; existe antes que todo; es Dios verdadero, y á él sólo debemos culto y homenaje.»

tan á propósito en las grandes circunstancias de su vida, que se inclina uno menos á creer en la ilusión de un hombre de buena fe que en la truhanería de un ambicioso astuto. Por ellos jura no haber tenido ambición, á ellos imputa su rebelión. Pasa horas enteras con los arúspices y los adivinos, sacando presagios sobre el éxito de sus empresas, hasta tal punto que uno de sus admiradores se vé impulsado por la verdad á decir que fué «más bien supersticioso que observador legítimo de la religión» (5).

Ocupábase en estas vanidades cuando le llegó la noticia de la muerte de Constantino (11 de diciembre de 361). Trasladándose, pues, á Constantinopla, asistió á sus funerales; y ascendido sin oposición á soberano del imperio, pensó en realizar las promesas empeñadas á los fautores de la idolatría.

Aún vivía la religión antigua; Constantino se había creído obligado á tener miramientos respecto de sus parciales, y á paliar con el nombre de tolerancia la protección que dispensó al cristianismo. Ascendidos sus hijos al trono, con la ventaja inherente siempre á llegar el segundo, y en una edad en que se tienen muy poco en cuenta los obstáculos, se atrevieron á más, si bien no á todo. La ley del 341 ordena que *la superstición cede, que sea abolida la infamia de los sacrificios* (6), aunque no añade á esto la sanción de una pena. Magnencio la revocó con la esperanza de adquirir con esta medida partidarios. Por último Constantino, siendo único soberano del imperio, ordenó que la idolatría desapareciera completamente (7). Hay, no obstante, quien duda si estos fueron solo proyectos, porque los escritores afirman que Constantino no hizo nada contra el antiguo culto; pero pudo suceder que magistrados cristianos se aprovecharan de los decretos contrarios á los auspicios y á los ritos secretos y adivinatorios para perseguir á los sacerdotes paganos. No obstante, á pesar de la aparente unidad, la ejecución quedaba confiada á discreción de los magistrados, poco dependientes del centro. La confiscación de las riquezas de los templos era necesaria, pero hubiera debido prepararse con lentitud; por el contrario Constantino la abandonó á la avidez de su corrompida corte, dañando muchos intereses, mientras que ganaban muy poco el fisco y la nueva religión. Así vemos á despecho de ellos subsistir los templos y los sacrificios á lo menos en Occidente, y en particular en Roma. Aún se con-

(5) AMIANO, XXV, 4. Aurelio Víctor le llama también *culus numinum supersticiosus*.

(6) Código Teodosiano, XVI, 10, l. 2.

(7) *Placuit omnibus locis atque universis urbibus claudii protinus templa, et accessu velitis omnibus, licentiam delinquendi perditis abnegari. Volumus etiam cunctos sacrificiis abstinere. Quod si quis aliquid forte hujus modi perpetraverit, gladio cultrove sternatur*. Cod. Teod., XVI, 10, l. 4. Esta ley es del año 353. La quinta ley es del año 356, dice: *Perna capitibus subjugare precipimus quos operam sacrificiis dare, vel colore simulacres constiterit*.

sultaba a los oráculos de la Sibila de Tivoli; si los vientos eran contrarios a la flota cargada con los trigos de Africa, el pueblo arrastraba a los magistrados en Ostia para sacrificarles en los altares de Castor; los sacerdotes salios continuaban sus locas danzas con los escudos celestes, a pesar de la mofa de los cristianos; se hacían aún libaciones de sangre humana a Júpiter Lacial, sobre el monte Albano; subsistían las diversas gerarquías sacerdotales: el voto de castidad de las vestales (8) no había dejado de estar bajo la protección de las leyes; y hasta se erigían nuevos templos a divinidades ya heridas de muerte (9). Al decir de Lactancio nacían cotidianamente nuevas divinidades (10); pero Cibeles y Mitra acabaron por superar a todas.

Culto de Cibeles y Mitra.—En lo más recio de las guerras púnicas hemos visto (tomo II, pág. 147) llevado a Roma desde Pesinunte el simulacro de la diosa Madre. Sus sacerdotes, llamados galos, ejecutaban fanáticas danzas, cantando con acompañamiento de címbalos, y andaban de ciudad en ciudad seguidos por la muchedumbre, que se maravillaba de su extraño traje, de su devoción burlesca y de sus prestigios, arte en que eran hábiles hasta el extremo. De costumbres vergonzosamente disolutas, ignorantes, envidiosos, parásitos, solo se hubieran atraído el menosprecio, sino les hubiera prestado alguna fuerza su organización compacta, aunque miserable, reuniéndolos bajo un archigalo.

Ya hemos hablado en otro lugar (tomo I, página 360) del culto que los persas tributaban a Mitra; las fórmulas de sus ritos atestiguan una antigüedad muy remota, aún cuando fueran alteradas en diversas épocas por un heterogéneo enlace. Los nuevos mitriacos exigían de sus adeptos frecuentes maceraciones; y de los que aspiraban a los grados más elevados, la virginidad y el celibato, abstinencias frecuentes en las leyes de Zoroastro, que no respiran más que júbilo y deleite, de donde se sigue que se derivaran de otro tronco que el del Mitra persa, ó acaso del culto que le tributaban los babilonios antes de la reforma de Zoroastro. Estos ritos se divulgaron primeramente en la Armenia y en la Ca-

(8) A más del lugar de las vestales, descubierto en la actualidad en Roma (1884), se ha encontrado también una lápida en honor de Camenio Juliano, muerto en 385 y que dice: ALFENIO CEONIO JULIANO KAMENIO V. C. Q. K. PRÆTORI TRIVMPALI VII VIRO EPVLONVM MAGNVM PATRI SACRO-RVM SVMMI INVICTI MITHRÆ IEROPHANTHÆ HECATE ARCHIBVCULO DEI LIBERI XV VIRO S. F. TAVROBOLIATO DEVM MATRIS PONTIFICI MAIORI CONSVLARI NVMDIÆ IUSTITIAE IVS PROVISIONIBVSQVE CONFOTIS OMNIB. DIOECESIOS SVÆ IANVARIVS FIDIVS ET... PROMATICVM COLLEGI... OFFICII STATVAM IN DOMO... POSVER.

(9) Los hechos han sido recogidos por BEUGNOT — *Historia de la destrucción del paganismo en Occidente*. París, 1835. Las consecuencias que deduce no pueden admitirse racionalmente.

(10) *Nascuntur ergo et quotidie quidem diuini; nec enim vincuntur ab hominibus fecunditate*. Inst. I, 16.

padocia, luego en el Ponto y hasta en Sicilia, después en el resto del Asia Menor. De dar crédito a Plutarco, vencidos los piratas por Pompeyo los dieron a conocer a los romanos, aunque se ignora bajo qué pontífice el mismo dios penetró en el Capitolio. El satírico Luciano, para indicar su origen extranjero, le hace asistir al banquete de los dioses vestido de blanco y adornado con la tiara, si bien no sabiendo una palabra de griego, y no comprendiendo siquiera cuando se bebe a su salud el nectar del Olimpo. Este culto hizo progresos bajo los emperadores: hasta llegó a manchar sus altares con sacrificios humanos, de lo que las leyes se lamentaron repetidas veces. Proscribióle Adriano, pero Cómodo inmoló por su propia mano un hombre a Mitra.

Cuando pudo levantar su voz el cristianismo combatió este culto y nos le hizo conocer de este modo. Ahora bien, ofrece tales puntos de semejanza con el Cristo, que muchos filósofos antiguos y muchos racionalistas modernos han sostenido que había suministrado a éste sus misterios y sus ritos (11). Pero, ¿no es mucho más conforme a la razón creer que así como las demás religiones aspiraban a corregir lo que tenían de erróneo ó a suplir lo que les faltaba tomándolo del cristianismo, que imitándoles los mitriacos hicieran lo mismo? Esto les fué mucho más fácil, en razón de que la creencia persa ofrece con la nuestra numerosas semejanzas en la esencia y en sus formas exteriores, ora en la unidad primitiva de Dios, ora en las gerarquías de los ángeles, ora en el origen del mal, y hasta en la leyenda de un hombre moribundo y resucitante por la salvación del mundo, leyenda que simbolizaba los efectos producidos por la salida y puesta del sol.

Generalmente escogidos los neófitos en la aristocracia pasaban por ochenta pruebas más difíciles una que otra antes de ser iniciados por una especie de bautismo. Se les imprimían después señales en la frente, y se les daba a beber una mezcla de harina y agua, pronunciando ciertas fórmulas rituales (12). El primero de los siete grados de estos misterios comprendía a los soldados, que se coronaban diciendo: *Mitra es mi corona*. Se llamaban los adeptos del segundo leones y hienas;

(11) Especialmente Dupuys, y últimamente F. Nork. *Mitos de los antiguos persas considerados como fuente de las doctrinas y de los ritos cristianos, según las indicaciones particulares de los Padres de la Iglesia y de muchos eruditos modernos, expuestos sistemáticamente por la vez primera*, etc. Leipzig, 1837 (en alemán).

Véanse también HONNUS, *ad Greg. Nazianz.* y el escolio sobre el mismo CARM. p. 49, edición Gaisford.

SAINTE-CROIX, *Indagaciones sobre los misterios del paganismo*, con las notas de Sacy.

CREUZER, *Symbolik*, lib. II, cap. 4.

DE HAMMER. — *Los Mitriacos*. París, 1833.

(12) TERTULIANO, *De bapt.*, V; *De prascr. har.*, V, 40.

venían después los cuervos, luego los persas, el Bromio y el Helio, en fin los Padres (*patres sacrorum*), bajo la presidencia de ciertos jefes (*patres patrum*). Estaba el principal templo de Mitra en los subterráneos del Capitolio, y el archigalo moraba en el Vaticano, dando oráculos. Celebrábanse en la ciudad los misterios de Mitra por el equinoccio de la primavera; pero el nacimiento del sol invencible era ocasión de una solemnidad mayor todavía el 25 de diciembre. Por eso los Padres de la Iglesia del Occidente escogieron este día para celebrar la Natividad de Cristo, sol verdadero, a la par que se celebraba en Oriente el 6 de enero, día consagrado a Osiris (13).

Persistencia del paganismo.—Independientemente de estas importaciones extranjeras, muchas ceremonias del paganismo nacional, caras a un pueblo tan adicto a las costumbres de sus mayores, subsistían sin interrupción ninguna. Un calendario del año 354, poco más ó menos, menciona día por día las fiestas paganas que deben celebrarse (14). Un viajero halla en Roma en 374 «siete vírgenes nobles y muy ilustres, cumpliendo por la salvación de la ciudad las ceremonias de los dioses, según el uso de los antepasados;» y añade que «los romanos honran a los dioses, y especialmente a Júpiter, al sol y a Cibeles.» (15).

De aquel mismo tiempo tenemos la árida nomenclatura de las calles y de los edificios de Roma, hecha por un tal Publio Victor y Rufo Festo, donde se encuentran ciento cincuentidos templos y ciento noventiuna capillas.

«En las calendas de enero todos se levantan temprano, y corren a casa de otros con regalos llamados aguinaldos: a los amigos se les hace un regalo antes de darles los buenos días; se besan, se dan la mano, no para cambiar expresiones de amistad, sino para hacerse pagar las cortesías de la avaricia. Así al mismo tiempo abrazan y sondean un amigo...; después al volver a su casa, llevan ramos como si hubiesen recibido los augurios, volviendo cargados de los dones recogidos, sin conocer que son otros tantos pecados». De este modo predicaba Máximo, obispo de Turín, el cual no pensó en emplear inútilmente su celo en refutar a aquellos que creían en Vénus, en Marte y los demás dioses, lamentando que los magistrados no hiciesen cumplir, ni los cristianos observar los edictos imperiales concernientes al culto; exhortaba continuamente a que abatieran los ídolos que habían en los alrededores de Turín, a que se prohibieran los sacrificios inmoderados ó crueles, a que no se creyera en los magos ó a los que se jactaban de poder con sortilegios atraer del cielo

la luna (16). [Con tanta obstinación se conservaban las antiguas costumbres!

Toleraba, pues, la ley la idolatría, aunque fuera indirectamente prohibida por los reiterados decretos contra los magos y los adivinos, a quienes se había aplicado el título de *enemigos del género humano* (17), atribuido en otro tiempo a los cristianos, condenándoles a la execración como delincuentes de lesa majestad y fuera de la ley de la naturaleza.

Desde muy al principio el Oriente había comprendido que se trataba de una regeneración religiosa y moral, no de una revolución política, pero rechazaba el cristianismo como contrario a sus tradicionales convicciones. Los filósofos que buscaban «el conocimiento de los dioses y de la sabiduría,» debían ser naturalmente antagonistas de la nueva fe, y tanto más cuanto que, partidarios de Plotino, mezclaban a la doctrina prácticas teúrgicas, siendo a menudo sacerdotes y estando por lo mismo interesados en la conservación de los templos. Los retóricos fueron llevados por el hábito escolástico y por su clásica educación a sostener y a embellecer ceremonias sin fe y númenes sin vida, y a hacer popular la causa moribunda, que sostenían con tanta más tenacidad cuanto que, como sucede a los charlatanes, no podían comprender las razones de la triunfante.

[Con qué transportes de júbilo hubieron de ver los que habían persistido en el antiguo culto, a Juliano dispuesto a restablecerle en todo su brillo! Y cuanto mayor debió de ser el de los retóricos y sofistas, que aplaudían en Juliano a una hechura suya, y le veían restablecer la antigua creencia a su modo. No bien hubo dado esta esperanza, cuando fué secretamente celebrada con fiestas y sacrificios (18). Por más que Juliano disimulara su horror al cristianismo, tenía en rededor suyo y en lugar apartado arúspices y augures, con los cuales cumplía las ceremonias paganas. Pero inmediatamente después de su poco filosófica rebeldía se arrancó la máscara con ademán resuelto; a medida que se hace soberano de un país permite que tornen a abrirse allí templos y a empezar los sacrificios; el mismo los multiplica como gran pontífice hasta el punto de dar margen a que se dijera que habría escasez de bueyes en el imperio.

El sobrenombre de *Apóstata*, que le dieron los cristianos y le ha conservado la posteridad, bastaría para denigrarle a los ojos de aquellos de cuya fe había renegado; conviene no obstante ser circunspecto en prestar crédito a las enormidades acumuladas en masa sobre su cabeza en los tres años de su reinado. Además, su persecución se distingue completamente de las otras, porque conoció muy bien que una religión que había pasado tran-

(13) JABLONSKI, *De origine festi natalis Christi*. SAN EPIFANIO, *adv. heres.*, 1, 29.

(14) GREVIO, *Thesaurus ant. rom.*, VIII, 95.

(15) HUDSON, *Geogr. minor.*, III, 15.

(16) *Contra paganos*. D. MAXIMI taurinensis episcopi opera. Roma, 1784.

(17) *Cod. Theod.*, IX, 16, l. 6.

(18) LIBANIO, *Orat.*, IV, t. II, pág. 175.

quilamente algunos años y que hasta había llegado á sentarse en el trono, no podía ser ya combatida con suplicios ni á fuerza abierta. Fingiéndose de consiguiente querer tolerarla escribió á Artabio de este modo: «¡Por los dioses! No quiero que se envíe á los galileos á la muerte, ni que sin razón se les persiga, sino que los adoradores de los dioses sean preferidos á ellos. Nada ha faltado para que todo fuera arrastrado á su pérdida por su locura (19). Si los dioses inmortales nos han salvado, justo y bueno es honrarles, y distinguir á los hombres y á las ciudades que los respetan.»

Es cierto que Juliano pudo vanagloriarse de ser más humano con los cristianos que su predecesor, quien á título de herejía había expulsado y dado muerte á tantos; á la par que él restituía los destruidos á su patria, sus bienes á los que habían sido despojados de ellos, y sus sedes á los obispos donatistas, novacianos, macedonianos ó eunomianos, cualquiera que fuera su nombre (20).

Pero esta fué una astucia suya, sabiendo perfectamente que con esto suscitaba en la Iglesia una causa activa de disturbios que debían conmoverla, brindando materia á sus burlas. Otro ataque reflexionado consistió en prohibir á los cristianos la más noble educación intelectual, medida que hubiera bastado para merecer los panegíricos con que se le saludó en el siglo pasado (21). Como le pertenecía el nombramiento de los maestros de gramática y de retórica, y aún quizá el de los médicos, artes liberales que costeaba el Estado, proscribió á todos los cristianos de las enseñanzas (22). Su objeto en esto era dirigir en su sen-

(19) Διὰ γὰρ τὴν Γαλιλαίων μωρίαν, ὀλίγου δὲ ἔτι πάντων ἀνεστράφη. Ep. VII.

(20) Se glorifica por ello en su carta LII.

(21) Voltaire le llama *modelo de reyes*, y Montesquieu dice que fué el más digno de cuantos han mandado á hombres.

(22) Pretendió demostrar con irónica sutileza, que no atentaba con esto á sus privilegios. «No quiero obligar á nadie á cambiar de sentimientos; escojan ó no explicar estos escritos si condenan su doctrina; ó, si quieren explicarlos, demuestren con los hechos que aprueban los sentimientos, y enseñen á los jóvenes, que Homero, Hesiodo y sus semejantes, acusados de error, de impiedad, de locura, no son tales como se les representa. Aquellos que les hacen poco caso, y viven no obstante de sus escritos, se muestran esclavos de un interés sórdido y capaces de todo por algunas monedas.» Ep. LII.

De la Bletterie, gran elogiador de Juliano, se explica con motivo de esta carta en la forma siguiente: «En vez de dar á conocer el emperador sus verdaderos motivos, adopta el más miserable pretexto, de manera que este trozo de elocuencia es una obra maestra de sinrazón... Si los profesores cristianos al explicar en las escuelas Homero, Hesiodo, etc., hubieran canonizado sus doctrinas, hubieran sido fundadas las reconvenções de Juliano, pero no las hubiera hecho. Se puede estimar un libro bajo cierto aspecto y condenarle bajo otro; en esto no hay dolo. Explicar los clásicos, encomiarlos como modelos de elocuencia, de lenguaje, de gusto, etc., desenvolver sus bellezas, no es presen-

tido las primeras impresiones de la juventud, tan poderosas en esta edad de la vida, y descarriarla de este modo ú obligarla á alejarse de las escuelas, á fin de preparar á la Iglesia los errores y el fanatismo de la ignorancia.

También cerró á los cristianos el acceso á todos los empleos de honor y de confianza, haciendo colocar en los palacios, como asimismo en las banderas, las imágenes de la idolatría, á que no podían tributar homenajes los fieles. Fácilmente se concibe hasta que punto degeneraron todos estos medios de exclusión en dura tiranía en manos de autoridades subalternas. Quitó á los obispos la voluntaria jurisdicción; hizo restituir á los templos paganos los bienes arrebatados, con lo que despojaba las iglesias; quería tomar del cristianismo los dos principios más eficaces, la caridad y la vida futura.

Enseguida entró personalmente en la liza, y así en los *Césares* como en los *Siete libros contra los cristianos*, reprodujo cuantas acusaciones exageradas y absurdas se habían fulminado contra ellos; haciendo con especialidad uso de la burla, arma terrible, porque es vulgar y dispensa del raciocinio. Al mismo tiempo que aspiraba á oscurecer la luz, pretendía hallar la virtud y la verdad donde no había más que vicio y locura. Consistía la tarea emprendida por Juliano en rejuvenecer las creencias paganas, volviéndolas á la fuente de donde habían emanado; explicar con ayuda de símbolos y de alegorías, lo que las tradiciones populares habían introducido en ellas de impío y vergonzoso; sacar una lección moral de los adulterios de Júpiter; mostrar en la castración de Atis un símbolo del alma, separada del error y del vicio (23). Así desde el trono venía en ayuda de la obra continuada por las escuelas de Alejandría, amoldando á su antojo un fantasma de idolatría, una superstición científica, que quería ingerir no en el corazón, sino en la cabeza de los hombres.

¿Era posible reformar una religión, que jamás había tenido principios teológicos absolutos, ni preceptos morales, ni organización sacerdotal? Quizá es verdad que en los misterios se había enseñado tradicionalmente algo más puro y menos material que los actos obscenos ó ridículos con que se habían mancillado las ceremonias, y que aún fuera de las filas de los hombres pensadores, merecían la indignación de todo hombre honrado; pero siempre que el senado romano quiso reanimar la fe, solo pudo conseguirlo introduciendo divinidades extranjeras, cuya novedad excitaba la devoción. Así Egipto suministró Isis y Osiris, y luego Serapis; la Persia Mitra; la Frigia la Gran diosa, in-

tarlos como oráculos de religión y de moral. Juliano se complace en confundir dos cosas distintas en un todo, y apoya en esta confusión el sofisma pueril que reina en todo su edicto.»

(23) Véase el discurso V. de Juliano.

gertándolos hasta cierto punto sobre el paganismo; y en vano los senatus-consultos se oponían unas veces á las bacanales, otras á los juegos florales, otras á los sacrificios secretos, hoy á una superstición nueva, al día siguiente á otra.

Si alguna vez un hombre de mente vigorosa y condecorador de la sociedad en que vivía, hubiera concebido el proyecto de rejuvenecer el pasado, se hubiera limitado á consolidar las instituciones romanas, sosten de la religión en que habían nacido y adquirido desarrollo; religión esencialmente política y de ningún modo metafísica. Cuando, para libertarse del influjo de esta religión, trasladó Constantino la sede del imperio á Bizancio, el que quisiera hacerla revivir hubiera debido tornar naturalmente al foco de la idolatría.

Al revés Juliano, filósofo de escuela, no pensó siquiera que existían todavía en Roma un Senado y una aristocracia fieles al culto de sus antepasados; fijó toda su atención en el helenismo, es decir, en creencias impotentes hacia tiempo para impedir la decadencia de las costumbres y para vigorizar la nacionalidad. A sofistas, á adivinos, á charlatanes, muchedumbre engañadora y desacreditada, creyó poder confiar el porvenir del mundo.

Quiso hacer de los poemas de Homero lo que el Evangelio era para los cristianos: aspirando de consiguiente á descubrir en ellos una moral caritativa, dogmas puros é ideas nuevas bajo palabras antiguas, y fábulas sensuales, que le hacía reprobador el buen sentido, se esforzó por depurar éstas, por hermosearlas con auxilio de procedimientos ingeniosos empleados por los platónicos cuando contestaron á las acusaciones de los cristianos, comparando su moral, y separando de ésta lo que les pareció más conveniente.

Este eclecticismo religioso, desprovisto de buena fe, propendía á inyectar en la creencia griega, como en un cadáver, sentimientos que nunca habían existido en ella ó habían perecido desde mucho antes. El había inducido á Juliano á admitir la unidad de Dios, verdad tan sencilla que una vez enunciada no se puede poner en duda. Pero al mismo tiempo habiéndole revelado el sol en una visión en Viena sus futuras grandezas, veneró especialmente al *padre Mitra* y se declaró asesor del astro luminoso (24); se dejó representar en las medallas unas veces en figura de Serapis, otras de Apolo; en una se hizo colocar sobre un carro de Isis, privilegio de las divinidades de la república. Toleraba que se le pintase entre Marte y Mercurio, y juraba por Serapis (25). Leyendo además un panegírico compuesto por él en honor de la gran diosa Idea, en que no solo encomia el culto inhumano que se le tributaba, sino que narra con la

mayor formalidad la navegación de aquella tosca piedra desde Pérgamo al Tiber, así como los milagros que dieron testimonio de su divinidad al Senado y al pueblo romano; se subleva enseguida contra aquellos hombres *ridículos*, de espíritu sutil, si bien de entendimiento no sano, que rehusan prestar fe á lo que creen ciudades enteras; que prefieren el culto de la cruz al de los *anciles*, trofeos sagrados caídos indudablemente del cielo, y que, añadía, *podrían con risa sardónica escarnecer impiamente los misterios más santos, si mi lengua dijera de ello más de lo que conviene á un devoto.*

Asegura que estima más que el imperio del mundo la inteligencia alegórica de la mitología (26), en la que había sido instruido por Edesio, sucesor de Jámblico, y por aquella serie de sofistas que con gran cuidado se transmitieron el discípulo imperial uno después de otro, hasta el momento en que Máximo, maestro consumado en la ciencia teúrgica, le inició en los misterios de Eleusis (27). Juliano otorgó á este último tanto valimiento que le llamó á su lado en las Galias, para que le santificara á todas horas con sacrificios. Las espantosas escenas de la iniciación fueron representadas para él con toda la horrible majestad de los ritos, en el fondo de antros oscuros, y en medio de relámpagos y de truenos; donde una vez Juliano viéndose rodeado de demonios, hizo, en su terror, la señal de la cruz, y les vió desaparecer por espanto ó por despecho (28).

Libanio nos asegura que á contar desde la admisión de Juliano entre el número de los iniciados bajaban asiduamente para conversar con él los dioses y las diosas; á veces interrumpían su sueño rozando ligeramente con sus cabellos. Siempre le daban consejos en las circunstancias difíciles, y le advertían cuando le amenazaba algún peligro. Tan habituado estaba á ellos que conocía en la voz y en el ruido de los pasos á Minerva de Júpiter, á Hércules de Apolo (29).

Se hacía digno de tales favores con actos que, en nuestro sentir, jamás fueron considerados por Homero como meritorios, por ejemplo, abstenerse en determinados días de manjares que miraba como menos agradables á tal ó cual dios. No permitiéndole los negocios públicos juntarse á sus súbditos para las prácticas piadosas, tan luego como fué emperador y gran pontífice, tuvo una capilla doméstica consagrada al sol. Sus aposentos

(26) Discurso VII.

(27) Aprovechamos esta ocasión para hacer notar que los iniciados eran despedidos en Eleusis con las palabras *Κοιτὴν οὐ παύει*: cuyo significado no comprendían los griegos, si bien actualmente se usan todavía en la India, nueva prueba de que como dijimos antes, los ritos griegos fueron traídos de aquella comarca.

(28) S. GREGORIO NACIANCENO, *disc.* III.

(29) LIBANIO, *Legatio ad Julianum*, pág. 157. *Oratio parent.*, cap. 84.

(24) Τὸν πατέρα Μίθραν. *Obras*, pág. 336 y 130. BANDURI, *Numismata imp. rom.*, II, 427-440.

(25) Ὁμνῶμι δὲ τὸν μέγαν Σεράπιον. Ep. VI.

y sus jardines estaban llenos de estatuas y de altares. Apenas aparecía el sol en el horizonte le saludaba con un sacrificio, y le ofrecía nuevas víctimas en su ocaso. Tampoco descuidaba hacer ofrendas en el curso de la noche a la luna y a los astros. Cada día visitaba el templo del dios de quien se hacía una conmemoración especial, no desdenando los más humildes empleos; por eso se le veía vestido con la púrpura, en medio de sacerdotes impúdicos y de mujeres que danzaban, soplar el fuego, degollar las víctimas con su propia mano, y esforzarse por leer el porvenir en sus palpitantes entrañas. Su intención era borrar de este modo el carácter que le había impreso el bautismo, y hasta se sometió con este objeto a un tauróbolo (30), haciendo llover sobre su cabeza la sangre de un toro degollado. Si hemos de creer a los escritores cristianos inmoló doncellas y niños para consultar sus entrañas, y sus cadáveres fueron encontrados inmediatamente después de su muerte.

Escogía para vicarios de su pontificado sacerdotes y filósofos versadísimos en estas vanidades, que, celosos partidarios de la creencia de sus mayores, habían sido amigos y confidentes de sus moceda-

(30) Prudencio nos trasmite en estos términos la descripción de un tauróbolo, himno X, in *mar tyr. S. Romani*.
Summus sacerdos nempe sub terram scrobe
Acta, in profundum consecrandus mergitur...
Tabulis superne strata texunt pulpita
Rimosa rari pegmatitis compagibus;
Scindunt subinde vel terebrant aream
Crebroque lignum perforant acumine
Pateat minutis ut frequens hiatus.
Huc taurus ingens fronte torva et hispida
Sertis revinctus aut per armos floreis
Aut impeditus cornibus deducitur.
Nec non et auro frons coruscat hostia,
Selasque fulgor bractealis inficit.
Hic, ut statuta est immolanda bellua,
Pectus sacro dividunt venabulo.
Eructat amplam vulnus undam sanguinis
Ferventis, inque texta pontis subditi
Fundit vaporum fumen et late estuat.
Tum per frequentes mille rimarum vias
Illapsus imber, tabidum rorem pluit;
Defossus intus quem sacerdos excipit,
Guttas ad omnes turpe subjectans caput,
Et veste et omni putrefactus corpore.
Quin os supinat, obvias offert genas,
Supponit aures, labra, nares objicit.
Oculos et ipsos perluit liquoribus;
Nec jam palato parcat et linguam rigat,
Donec cruorem totus atrum combibat.
Postquam cadaver sanguine egesto rigens,
Compage ab illa flamines retraxerint,
Procedit inde pontifex visu horrido;
Ostentat nudum verticem, barbam gravem,
Vittas madentes, atque amictus ebrios.
Hunc inquinatum talibus contagiis
Tabo recentis sordidum piaculi
Omnes salutant atque adorant eminus,
Vitis quod illum sanguis et bos mortuus
Fidis latentem sub cavernis lavérunt.

des. Literatos, adivinos, magos substituyeron en la corte a los obispos desterrados de ella; Máximo, su maestro y su iniciador, ocupó allí el primer puesto. A invitación suya abandonó a Sardis, y cruzó como en triunfo las ciudades del Asia; le precedía Petiodoro, haciendo abrir de nuevo los templos, volver a celebrar los simulacros, ensangrentar con víctimas los altares y decidir a las conciencias que vacilaban. En el momento de llegar a Constantinopla, Juliano, que pronunciaba un discurso ante el Senado, lo interrumpió para correr a su encuentro, y, habiéndole abrazado afectuosamente, le introdujo en la augusta asamblea, declarando públicamente que le debía las mayores obligaciones. Una vez en la corte, Máximo se afirmó en ella elevando a sus hechuras, y reunió más riquezas de las que convenían a un filósofo, en esto fué perfectamente imitado por todos aquellos a quienes el emperador había sacado de su oscura morada o de su escuela; pero no se apercibía de su codicia, o no quería confesar que se había engañado.

Entre los sofistas, el retórico Libiano, maestro famoso de retórica, y enamorado de un culto que le ofrecía bellísimas frases, fué nombrado cuestor honorario; y sus cartas y oraciones espresan la alegría de aquella multitud de pedantes al creer resucitado el helenismo porque habían sido renovados algunos ritos, juegos y teatros. «Feliz aquel (esclama algunas veces) que participó de tal fiesta, que pudo contemplar a Dios y su templo, que vió al número llevado procesionalmente por la ciudad, que pudo gozar del espectáculo del culto de Atenas y decir: Yo he visto el Areópago, la Acrópolis, y las Euménides calmadas después de un largo furor.» Estaba tan convencido este retórico de la vitalidad del helenismo, que no quería que se violentase al cristianismo, como por venganza lo deseaban muchos, moderación que le agradecemos, aunque inspirada por la idea de su debilidad (31).

Sin embargo, no cegaba el entusiasmo a Juliano hasta el punto de no ver que los ritos helénicos o etruscos habían perdido la dirección de las conciencias, que la fé habían abandonado los altares a la

(31) Entre las muchas cartas en que espresa este sentimiento, la más notable es la siguiente (1426, pág. 652 de la edición de Vollio): «Si alguno dice que lo hemos invadido todo, dejádselo decir y los hechos desmentirán su acusación. Alegrémonos de la reedificación de los templos, pero sin hacerla amarga a nuestros enemigos, para no oír repetir hoy lo que decíamos hace poco contra lo que se hacía. ¿Los hijos de Talaso cambiaron un templo en casa? hicieron lo que agradaba al príncipe que reinaba entonces. Yo no los alabo, solamente digo que su acción estaba conforme con aquel tiempo. Los fenicios que habitaban aquella casa, quisieran convertirla en templo. ¿Pero por qué? ¡oh buena gente, conservad la casa y restableced el templo, pero no persigáis a los que de él fueron espulsados! Los dioses no imitan a los despiadados usureros; y si es restituido por algunos lo que es de ellos, no quieren que sea atormentado.»

incredulidad y al interés. «Veo a muchos, decía, que sacrifican con pesar suyo, pocos que lo hagan de buen corazón y con conocimiento (32). Si el helenismo no hace tantos progresos como debían esperarse, ¿de quién es la culpa? De los que lo profesan. Por parte de los dioses todo es grande, magnífico, y sea esto dicho sin ofensa de la Némesis divina, superior a nuestras esperanzas y a nuestros votos. ¿Quién hubiera osado prometerse poco antes un cambio tan repentino y tan maravilloso?» (33)

Sin embargo, frecuentemente se queja del descuido con que se observan los deberes religiosos. «Hacia el décimo mes, cuando torna la antigua solemnidad de Apolo, la ciudad de Antioquia debía dirigirse a Dafne para celebrarla. Dejo el templo de Júpiter Casio, y corro imaginándome ver toda la pompa de que es capaz Antioquia. Mi imaginación me representaba las víctimas, las libaciones, los perfumes, los mancebos vestidos de túnicas blancas, símbolo de la pureza del corazón; pero ¡cómo me engañaba! Llego al templo y ni siquiera encuentro allí una torta, ni un grano de incienso. Asombrado, supongo que los preparativos están fuera, y que se aguardan mis órdenes en mi calidad de sumo pontífice; pregunto al sacerdote que es lo que va a ofrecer la ciudad en el día solemne: Nada, contesta: solo yo he traído de mi casa ese pato, y el dios no tendrá en el día de hoy otra cosa.» (34)

Juliano reconvinó prolijamente al Senado de Antioquia a causa de aquella tacañería respecto de los dioses; pero en su ceguera no comprendía la elocuencia de los hechos, y se obstinaba en imponer con decretos imperiales y por medio de elucubraciones filosóficas una religión, la cosa más libre del mundo. Aspiró a restablecer el crédito de los oráculos consultando amenudo los de Delfos, de Delos y de Dodona; tornó a abrir el manantial profético de Castalia en Dafne, cegado con piedras desde Adriano (35); y cuando marchó contra los persas consultó sobre el desenlace de la guerra a todos los oráculos comprendidos en el recinto del

(32) *Ep.* IV.

(33) *Ep.* XLIX.

(34) *Misopogon. Ob.* pág. 361. También Libanio escribe a Alejandro prefecto: «Sé que estás lleno de devoción y que conviertes a muchos al culto de los dioses; pero no te cause extrañeza si entre ellos hay algunos que desaprueban interiormente lo que hacen, y condenan siempre los sacrificios. Estos te obedecen en público porque lo mandas, y se acercan a los altares; pero en su casa, la mujer, las lágrimas y la noche le aconsejan lo contrario, y reniegan de los nímenes» (tom. II, pág. 391). En otro lugar (*Ep.* 1057, pág. 501) le dice que no significan nada las fiestas en que los ciudadanos son llevados llorando y por miedo; y tal es el carácter de los cristianos que si los tratas bienamente, te darán plumas de lobo y leche de gallina, y si empleas malos tratamientos, la desesperación los pone fuera de sí, y no es posible obligarles ni aun a las cosas más sencillas.»

(35) AMIANO MARCELINO, XXII, 12.

imperio (36). A imitación del cristianismo procuró reorganizar el helenismo por medio de ritos nuevos y de una gerarquía, teniendo cuidado de atribuirse las funciones supremas, y de hacer con ellas una superstición racional y meditada. Quería introducir en los templos la predicación y el catecismo, oraciones a horas determinadas, cantos a dos coros, una penitencia para los pecados, aparatos para la iniciación, lugares de retiro para la meditación y asilos para las vírgenes. Era con especialidad muy partidario de las cartas que los obispos entregaban a los fieles que iban de viaje, piadosa recomendación que valía a los cristianos ser acogidos con la efusión de la caridad en todas partes.

A ejemplo de las cartas pastorales de los cristianos, dirigíalas él mismo, recomendando a los sacerdotes ser obsequiosos e imitar a aquellos perros de galileos. «Mientras los pontífices no se cuidaron de los pobres, estos abominables galileos que se apercibieron de tamaña falta, se aplicaron a obras de caridad: de este modo establecieron y fortificaron sus perniciosos errores con auxilio de estas pruebas de bondad aparente. De aquí sus agapas, sus banquetes hospitalarios, las mesas servidas para los pobres, cosas ordinarias entre ellos, y en virtud de las cuales empezaron y siguieron inspirando a los fieles desprecio a la impiedad y a los dioses» (37). ¡Estupenda confesión!

Es verdad que procuraba denigrar siempre las virtudes cristianas, suponiéndolas perversos fines; pero al querer persuadir que el cuidado de recoger a los niños espósitos provenía del avaro deseo de venderlos como esclavos en los países extranjeros, olvidaba el sofista que hubiera debido castigar a los delincuentes como emperador y no burlarse de ellos, si estaba convencido de lo que decía. También amenudo hacía de manera que se imitara a aquellos de quienes se mofaba. Prometía él mismo asistir a los indigentes, fundar hospitales para los pobres, sin distinción de patria ni de creencia; proyectos que, de haberlos ejecutado, hubieran suministrado una nueva prueba de la influencia de la verdad hasta contra aquellos que se obstinan en cerrar los ojos a su luz.

Así toma de los insensatos galileos el tipo de los pontífices cuando recomienda «tener especialmente en consideración al elegirlos la virtud y la filan-

(36) TEODORETO, III, 16. Conferencia sobre estas materias con sus más íntimos amigos con una seriedad que podría interpretarse por convencimiento. Da cuenta de un sueño, que le anuncia el porvenir, a Oribaso, su confidente. Escribe a Máximo: «Júpiter, el sol, Minerva, y todos los dioses y diosas son testigos de la viva inquietud en que me hallaba respecto de tu persona. Consulte a los dioses, o más bien hice que los consultaran, no sintiéndome con fuerzas para ver, ni oír lo que pudiera acontecer.» Es verdad que tenemos prosistas del siglo décimo quinto, y versificadores del siglo décimo octavo que no hablan de otra manera.

(37) *Ep.* XLVIII.

tropia, sin que su pobreza ni su oscuro nacimiento les haga escluir de esta categoría: que se distinguan por sus irreprehensibles costumbres; que oren á los dioses tres ó á lo menos dos veces al día; que no dejen pasar día ni noche sin sacrificios, ni noche sin lustraciones; que no permanezcan en sus casas durante los treinta días de fiesta, ni se presenten en el foro más que para defender á los inocentes, sino que estén de continuo en el templo: que se vistan comunmente con sencillez, pero en el templo con magnificencia; que socorran á los pobres; que no frecuenten el teatro, ni los actores, cocheros ó bailarines: que sean graves en su lenguaje y en sus escritos; que no acepten comidas sino en casa de personas de buenas costumbres; que no lean malos libros, como por ejemplo los de Arquiloco ó Hiponates: que estudien la historia y no las fábulas; que entre los sistemas filosóficos prefieran á los que colocan á los dioses ante todo, como hacen Platon, Aristoteles, Zenon y Crisipo; y que aun en estos se atengan á aquello que encamina á la piedad.» (38)

(38) Véase *Ep.* XLIX, y en sus obras pág. 300-305. Leipzig, 1696, edición de Spanheim.

A. Arsacio, pontífice de Galacia:

«¿Quién hubiera osado prometerse hace poco un cambio tan repentino y tan maravilloso? ¿Pero daremos por consumada la obra sin pensar en emplear los medios con que la impiedad ha adquirido crédito en el mundo? Quiero hablar de la hospitalidad, del cuidado de sepultar á los muertos, de una vida regular exteriormente. Ellos fingían todas las virtudes, á nosotros toca practicarlas de una manera real y efectiva.

»No basta que seas intachable; tales deben ser todos los sacerdotes de Galacia. Emplea la persuasión y la amenaza para obligarles á vivir en conformidad á su estado. Escláreyes de las funciones del sacerdocio, si ellos, sus mujeres, sus hijos, sus criados, no son fieles al servicio de los dioses. Advérteles que un sacrificador no debe concurrir al teatro, ni beber en las tabernas, ni ejercer una profesión vil y deshonrosa. Honra á los que te obedezcan; espulsa á los demás. Establece en todas las ciudades hospitales donde se puedan practicar los deberes de la humanidad con los pobres, sean de la religión que quieran. Para subvenir á los precisos gastos, he mandado que la Galacia consagrará á ellos anualmente, treinta mil medidas de trigo y sesenta mil sextarios de vino, de los cuales quiero que una quinta parte sea para los pobres que sirven á los sacerdotes, y lo demás será distribuido á los mendigos y á los extranjeros. Es una vergüenza que ningún judío viva de limosna, y que estos galileos impíos, además de sus pobres, mantengan á los nuestros, á quienes dejamos carecer de lo necesario. Enseña á los helenos á contribuir para estas atenciones, y á que sus aldeas ofrezcan á los dioses las primicias de sus frutos. Acostúmbrales á estas buenas obras, y enséñales que nosotros hemos sido los primeros en practicarlas, como lo atestigua Homero que hace decir á Eumeo recibiendo á Ulises: «(Oh extranjero! Yo no debiera tratar indignamente á un huésped, aunque no valiera lo que tú; Júpiter es quien envía los huéspedes y los pobres; mi don es pequeño, pero tiene un valor grande.» (*Odyss.* III, 48).

»No suframos que esta gente nueva usurpe nuestra gloria, ni que imitando las virtudes de que poseemos el original y el tipo, cubra de oprobio nuestra humanidad y negli-

[Gran testimonio de la virtud cristiana que él quería hollar y ver imitada! Pero el sofista cerraba entre tanto los ojos á los progresos que á impulsos del cristianismo había hecho la equidad legal; y de tantas constituciones suyas inserta en el código Teodosiano no hay ninguna que favorezca la emancipación del derecho natural, tan bien comprendido por sus predecesores.

Prueba que procedía de este modo, no por convencimiento, sino por odio á los cristianos, en el favor de que dió muestras á los hebreos. Primeramente les dispensó del impuesto especial á que estaban sujetos, cuyos registros entregó á las llamas, atribuyendo este recargo á las sugerencias hostiles de los cristianos que rodeaban á Constancio. Cristo había profetizado en términos tan precisos la destrucción de Jerusalen, que las ruinas de esta ciudad eran consideradas como una de las más indestructibles pruebas de la verdad de la fe. Desmentir á esta profecía hubiera equivalido á dar un golpe á la convicción que inspiraban; y lo intentó Juliano, sin tener en cuenta el horror manifestado constantemente por los hebreos á aquellos dioses á quienes pretendía comunicar nueva vida, y entre los cuales se contentaba con señalar un puesto al Dios grande (*μέγας θεός*). Infatuado, pues, con este proyecto exhortó á Julio, su patriarca, *venerabilísimo hermano* (39), á renovar los sacrificios; y como esto no era posible fuera de Jerusalen, decretó la erección de un templo en la cumbre del Moria, destinado á eclipsar en magnificencia al que Constantino y Elena habían mandado levantar sobre el Santo Sepulcro, queriendo que los judíos se congregaran entorno. Alipio, amigo del emperador, no menos hábil en la poesía que en la administración, fué enviado para dar cima á esta obra, cuyo resultado debía ser oponer en conjunto á los gali-

gencia: ó más bien no hagamos traición á nuestra religión, no deshonremos el culto de los dioses. Si llego á saber que cumples todos estos deberes, será imponderable mi alegría.

»Visita rara vez á los gobernadores, contentándote con escribirles: cuando hagan su entrada en una ciudad no salgan á su encuentro los sacerdotes. Recibanles en el vestíbulo cuando solo vayan á los templos. No se hagan acompañar de soldados, sino que pueda seguirles el que quiera, atendido que al poner el pié en el templo se convierten en simples particulares, y solo tú tienes derecho de mandarles, porque lo preceptúan así los dioses. El que se somete á esta ley, da verdaderamente muestras de religión; aquellos que no quieren deponer ni un instante el fausto y la grandeza, son soberbios henchidos de vano orgullo. Estoy dispuesto á socorrer á los habitantes de Pesinunte, con tal de que se hagan propicia la madre de los dioses; si la descuidan, no solo serán culpables, sino que, pesar me cuesta decirlo, merecerán mi indignación. «Yo no debo socorrer á los que son odiosos á los dioses bienhechores» (*Odyss.* K, 74). Les harás, pues, entender que si quieren que les asista, deben de invocar todos de acuerdo á la diosa Madre.»

(39) *Ep.* XXV.

leos el entusiasmo nacional y religioso, los cánticos y la cuchilla. Secundóle la nación judía con aquel fervor y aquella liberalidad que no le faltaron nunca, siempre que se tratara de salvar ó reedificar la patria. A pesar de todo la obra no pudo ser llevada á feliz remate. Bajo Jerusalen se abrían anchas cavernas, ora hubieran servido de cisternas para conservar el agua, ó de almacenes para el trigo. En los tres siglos, durante los cuales había estado sin moradores la ciudad santa, se habían llenado de gases inflamables, que, en el momento en que se acercaron los obreros con antorchas, se prendieron, produciendo una explosión terrible, derribando los cimientos del edificio comenzado. Asunto de asombro para los idolatras, milagro para los cristianos (40), y para todos cumplimiento de la promesa divina para confundir una impiedad orgullosa.

Juliano se apartaba tanto en estos trabajos como en los sacrificios de la parsimonia que había introducido en todo lo restante. Inmólaban aves rarísimas y hasta cien bueyes al día para tener propicias á divinidades sordas é impotentes; larguezas verdaderamente régias dotaban los santuarios que habían sobrevivido á la indiferencia de los gentiles y al celo de los cristianos. Servíale de extremo alborozo ver á los soldados saciar su apetito con víctimas degolladas en honor de los dioses, y embriagarse con el vino sagrado (41). Luego en los días solemnes, cuando pasaban en su presencia revista, todos los que echaban un grano de incienso en el ara tenían seguridad de recibir de su parte algun

(40) La esplicacion natural la hemos dado nosotros; pero los todos Santos Padres ven en esto un portentoso que es confirmado por muchos otros que le acompañan.

«Juliano se había propuesto dar un mentís á este oráculo de Jesucristo: *Pasarán el cielo y la tierra pero no mis palabras*; y se vanagloriaba de pulverizar en breve este dogma del cristianismo. El hombre que fulminaba tan impotentes amenazas, ¿dónde se halla ahora? ¿Dónde estará para siempre? Muerto. No le busqueis entre los vivos, sino en el infierno donde está encadenado á eternos suplicios; á la par que Jesucristo, que hizo la predicción, reina en la excelitud del cielo sentado á la diestra de Dios su padre. ¿Qué fin tuvieron las blasfemias del emperador orgulloso? ¿En qué vino á parar su sacrilega lengua? No es más que polvo y ceniza que se disputan los gusanos, mientras que el oráculo de Cristo, justificado por lo acontecido, por su ejecución exacta, recibe un esplendor semejante al de una columna del metal más rico.» JUAN CRISÓSTOMO en *San Babilas*, San Ambrosio y San Gregorio Nacianceno, afirman el hecho en vida de aquellos que podían haberlo presenciado como testigos. Amiano Marcelino, pagano y militar se explica de este modo. *Cum itaque fortiter instaret Alipius, juvenetque provincia rector, metuendi globi flammaram prope fundamenta crebris assultibus erumpentes, fecere locum, exustis aliquot operantibus, inaccessum; hocque modo elemento destinatus repellente, cessavit inceptum*, XXIII, 1.

(41) Juliano se felicita de ello en su *carta XXXVIII*, y Amiano Marcelino se lamenta por la misma causa, XXII, 12.

regalo. A muchos de ellos engañó la sencillez de este acto; pero apenas conocieron que era culpable, corrieron en tumulto al palacio, y, arrojando el oro que habían recibido, se declararon cristianos sin ningún recelo. Irritado el emperador de aquella osadía mandó que fueran decapitados; ya marchaban alegres al suplicio, disputándose la gloria de morir primero, cuando les perdonó diciendo que no quería proporcionarles la gloria del martirio.

Esta frase, que por lo comun usaba, no le impedía asociar á la sábia persecucion las medidas tiránicas. Mandó que los cristianos reedificasen á su costa los templos de los dioses demolidos por su celo, y que les restituyesen los terrenos confiscados; además, habiendo sido construidas las iglesias por lo general sobre aquellos, preciso fué echarlas abajo. En su consecuencia, como la religión no permitía á los cristianos reconstruir templos profanos, se les consideraba como á deudores insolventes, se les encarcelaba segun la costumbre romana, siéndoles muy penosa la arbitraria severidad de los magistrados, quienes por este medio se congratulaban con el emperador. Marcos, obispo de Aretusa, habiendo rehusado toda indemnizacion para los edificios paganos que había destruido, y hallándose en la mayor indignación, fué detenido, apaleado, y después de haberle arrancado la barba, se le desnudó, y untado de miel fué suspendido en el aire en una red, esponiéndole de este modo al sol y á los insectos. El fué quien salvó á Juliano, siendo niño, de manos de los asesinos.

La administracion de los bienes asignados al culto por Constantino y por sus hijos se transfirió á los pontífices profanos, viéndose confundidos los sacerdotes cristianos con la parte más infima del vulgo. Juliano tendió constantemente á despojar á los fieles de todos los honores y ventajas temporales; y no disimulando la intencion de emplear respecto de los obstinados una violencia *saludable* (42). Habían purificado los cristianos el bosque de Apolo en Dafne, sitio muy famoso por sus obscenas magnificencias, trasladando á él los huesos del santo obispo de Antioquia Babilas, cerca del cual deseaban sepultarse los fieles. Juliano quiso purgar este paraje de la profanacion que había hecho enmudecer al oráculo, y mandó que fueran estraidos los venerables restos del santo; pero en la misma noche, el templo de Dafne y el coloso de Apolo fueron reducidos á cenizas. Los cristianos pregonaron el milagro, Juliano se indignó del crimen, y pensando menos en su comprobacion que en su castigo (43), mandó cerrar la catedral de Antio-

(42) *Ep.* XLII. «*Ἀνορθῶν ἰασηται*, medicinar contra la voluntad.

(43) Amiano Marcelino dice que un levisimo rumor (*levissimus rumor*) imputaba este incendio á los cristianos (XXII, 13). Ni el mismo Juliano se atreve á afirmar que fueran ellos los autores, aunque lo insinúa hábilmente en el *Misopogon*, pág. 361.

quia, confiscar sus bienes y condenar al tormento a muchos eclesiásticos, uno de los cuales fué decapitado.

Es verdad que Juliano desaprobaba los actos de rigor de sus agentes; pero no les reprimía y hasta les recompensaba á veces. En el *Misopogon* aplaude la piedad de las ciudades de Siria que á la primera señal destruyeron los sepulcros de los galileos, reconviniéndoles blandamente de haber olvidado por celo la moderacion recomendada. Los hechos á que alude en este escrito, atenuándolos, están quizá contados con exageracion por los escritores eclesiásticos. Efectivamente, segun ellos, envanecidos los paganos con su momentáneo triunfo dieron muerte á los más fieles, cuyos cadáveres fueron arrastrados por las calles y pinchados con los asadores de los cocineros y con las ruécas de las mujeres: echaron á los cerdos las entrañas de las vírgenes y de los sacerdotes mezcladas con avena, y otras personas fueron inmoladas en las aras de los dioses vengadores (44).

¿Se quiere saber cuándo se apresuraba á castigar Juliano? Era cuando los disturbios parecian escitados por los cristianos, caso harto frecuente por la concurrencia de tantos sectarios. Así en Edesa habiendo insultado los partidarios de Arrio á los de Valentin, mandó que los bienes de la Iglesia fueran confiscados, y distribuido el dinero á los soldados. Añadiendo enseguida la ironia al despojo, decía: *Deben darme gracias los galileos, puesto que su maravillosa ley promete á los pobres el reino de los cielos; así podrán por causa mia caminar en línea recta y más desembarazados por la senda de la virtud y de la salvacion* (45). Al revés, cuando el obispo Jorge de Capadocia fué asesinado en Alejandria por los paganos, Juliano se limitó á dulces amenazas mezcladas con protestas de estima; y como para disculparles se esforzó en hacer patentes los desafueros, segun él los llamaba, con que aquel obispo habia provocado semejante venganza: de consiguiente aun declarando que su deber es castigar los motines, perdona en consideracion al fundador de la ciudad y al dios Serapis (46). ¡Imparcialidad de filósofo, sinceridad de devoto!

Aquel Jorge, que se hizo posteriormente tan célebre en tiempo de las cruzadas como patrono de la caballeria, habia incurrido en actos condenables, mostrándose de continuo en contradiccion con San Atanasio. Cuando hubo espiado sus faltas con el martirio, habiendo ascendido de nuevo Atanasio á su sede de Alejandria, se ocupó en restablecer con prudente celo el orden en las iglesias

(44) Gregorio Nacianceno, cuya hostilidad contra Juliano, es de las más violentas. Sin embargo concuerda en esto con Sozomenes (V, 9), escritor original, y con Filostorgio (VII, 4).

(45) Ep. XLIII.

(46) Ep. X.

trastornadas. Era natural que le honrara con un odio particular Juliano. Continuando, pues, en el sistema de desconocer en los hechos la tolerancia proclamada de palabra, se puso el emperador á decir que si habia llamado del destierro á los galileos, no por eso resultaba para ellos el derecho de ponerse al frente de las iglesias; que le sorprendia que un hombre tan culpable como Atanasio insultara la magestad de las leyes volviendo á tomar posesion de su sede sin el imperial permiso, y llevando la audacia hasta el punto de bautizar á damas griegas de ilustre estirpe. De consiguiente le desterró de la ciudad fingiendo ceder el voto general: pero desmentido en breve por las instancias del pueblo todo, se aumentó su cólera y quiso que abandonara el Egipto. Se queja al prefecto de este pais porque sus órdenes no son ejecutadas activamente, sin disimular el deseo de ver á aquel magistrado entregarse á actos de rigor; anhelando, por ejemplo, que todo el veneno galileo se reconcentrara en la persona de Atanasio, para poderlo destruir de un solo golpe.

Era, pues, la tolerancia de Juliano la de todos los tiranos, que son clementes mientras no encuentran oposicion alguna. Pero una Iglesia consolidada con cuarenta años de dominacion, podia desplegar una constancia más segura todavia que aquella de que habia dado prueba cuando era poco numerosa y dominada; porque si los cristianos habian doblado la frente en tiempo de las primeras persecuciones, obedeciendo á potestades superiores aunque enemigas, conociendo entonces que habian llegado á ser un pueblo, no querian estar obligados por más tiempo á soportar la peor de las injurias, la que violenta las conciencias. Siguióse de esto que los altares reconstruidos y los templos nuevamente abiertos con brillo fueron derribados en muchos puntos; que la usurpacion de los bienes transferidos de las iglesias á los ídolos, suscitó numerosas quejas. Irritado Juliano de la resistencia castigó á los contumaces, y los cristianos honraron á sus víctimas como á los mártires; hasta la presuncion de inocencia hacia otorgar una compasion no disimulada al suplicio de los que habian podido merecerlo por un celo excesivo en su oposicion, efecto ordinario y natural de las persecuciones inicuas. Como los cristianos temian que Juliano (47)

(47) «Juliano por su odio ciego contra el cristianismo, por su espíritu rígido y burlon, por su voluntad firme, que le hizo general y conquistador, á pesar de su aficion al estudio y al reposo filosófico, ofrece grandes rasgos de semejanza con Federico II de Prusia. Aquellas dos almas habian sido vaciadas en un mismo molde, y quizá la diferencia de los tiempos es la única causa del contraste que se advierte entre sus numerosas analogias. Nacidos ambos cerca del trono tuvieron que atravesar una juventud llena de trabas, de peligros, y amenazada por la dura tirania de sus deudos. Juliano fué encarcelado en un claustro, Federico en un castillo. El uno temió la crueldad de su tio Constan-

llevara su obstinacion más lejos, se preparaban á una resistencia que podia haber encendido una guerra

civil en el imperio, impidiendo las circunstancias que esto se verificase.

cio; el otro la cólera de un padre implacable. Ambos fueron preservados por la necesidad que tenia el trono de un heredero; los dos pasaron este tiempo de ruda prueba dedicados á la filosofia y á las letras, apl.ándose precisamente á los estudios que les estaban más prohibidos. Educado el uno por fuerza en el cristianismo, devoraba en secreto las obras de los sofistas paganos; amenazado el otro por un padre que hubiera querido quemar todos los libros, recibia furtivamente las obras de los más atrevidos escritores del siglo diez y ocho. Federico se animaba leyendo á Voltaire en los torreones de Spandau, como Juliano en la iglesia de Antioquia estudiando al sofista pagano Libanio. Este esfuerzo igualmente experimentado, no hizo más que escitar del mismo modo á dos espíritus vivos y vigorosos, y aumentar su odio contra las opiniones que les habian sido impuestas, y el fanatismo por las que se les habian vedado. Pero impregnada la filosofia de Juliano de la supersticion de su tiempo fué mística y austera: la de Federico tuvo la licencia y el escepticismo del suyo. Juliano tuvo las costumbres puras y la cabeza exaltada; Federico tuvo las costumbres corrompidas y el corazon duro.

«Pero procediendo la filosofia del uno y del otro de su soberbia, no les preservó de la ambicion. Juliano, á la ca-

beza de un ejército, con su desaliñada apostura, su actitud pensativa, sus dedos manchados de tinta, pareció en un principio un sofista fuera de su puesto: Federico ascendido á rey y no habiendo olvidado sus lecciones de filosofia epicúrea, huyó en la primera batalla; pero en breve se hicieron Juliano y Federico grandes generales, admirando con su denuedo y llevándose en pos los corazones de los soldados. Aquí termina la comparacion; una de las dos existencias fué corta, segada en medio de su tarea, después de diez y ocho meses de reinado.

«Federico llenó toda la carrera de la vida humana, cumplió sus designios y gozó de su gloria. No se puede decir lo que hubiera ensayado Juliano con las armas y con las leyes. Es de notar, no obstante, que estaba en lucha con su siglo, que era retrógada y estéril su filosofia, mientras que la filosofia de Federico, á pesar de sus errores, se enlazaba al progreso social, y no escluia la libertad sin quererla. Juliano fué perseguidor, aunque generoso; Federico tolerante, porque era escéptico.

«Juliano con una victoria de un momento y con una tentativa insensata precipitó la ruina del antiguo culto y de las antiguas opñiones; Federico fué creador de un poder duradero.» VILLEMMAIN.